

MARIANO CUEVAS, S. J.

Nació en México, D. F., el 18 de febrero de 1879 y en la misma ciudad falleció el 31 de marzo de 1949.

Historiador. Especializóse en la investigación histórica en la Universidad Gregoriana. Realizó numerosos estudios en los archivos europeos y americanos y recopiló en ellos rico material para una amplia obra que no pudo ver concluida. Su colección de documentos y su biblioteca son notables por el cuidado que tuvo al formarlas. Editó numerosas obras que hacen laudable y positiva su actividad en pro de la historia mexicana. Como historiador fue eminente, pero apasionado, mostrando sus simpatías o diferencias en pro o en contra de ciertos personajes, con gran acritud. Ocupóse de los personajes más salientes de nuestra historia acerca de los cuales aportó muchas luces. Obra fundamental suya es la *Historia de la Iglesia en México*, editada en varias ocasiones y en la cual revela la labor de esa institución, subrayando la participación que la Compañía de Jesús tomó en ella.

Sus libros principales son: *Historia de la Iglesia en México*, 5 v (1924-1928); *Códice Cuevas* (1914); *Documentos inéditos del Siglo XVI para la Historia de México* (1914); *Cartas y otros documentos de Hernán Cortés* (1915); *Notable documento guadalupano* (1919); *Defensa Canónica del Cura Hidalgo* (1929); *Album Histórico Guadalupano del IV Centenario* (1930); *Documentos escritos en pro de la historicidad de las apariciones guadalupanas. Su autenticidad, su valor* (1932); *Orígenes del Humanismo en México* (1933); *El Libertador Agustín de Iturbide* (1947); *Historia de la Nación Mexicana* (1942) que es su obra más apasionada; *Tesoros documentales de México, Siglo XVIII. Priego, Zelis, Clavijero* (1944); *Monje y Marino. La vida y los tiempos de Fray Andrés de Urdaneta* (1943). Como editor, prologó y anotó las obras siguientes: *Historia antigua de México*, de Francisco Javier Clavijero, a base del manuscrito autógrafa en español que rescató el P. Arrillaga y que por primera vez dio a conocer (1945); *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España. Escrita por el conquistador Baltasar de Obregón* (1924); *Descripción de la Nueva España en el siglo XVII*, de Antonio Vázquez de Espinosa (1944); *Crónica de Puebla de los Angeles*, de Zerón Zapata (1949); *Diario de sucesos notables de José Ramón Malo (1832-1864)* 2 v (1948) y muchas otras que dan idea de la notable actividad de este apasionado y benemérito historiador. Se ocupó de él, José Bravo Ugarte en *Revista de Historia de América*, no. 27, 1949, p. 103-107.

Fuente: Mariano Cuevas, S.J., *Monje y marino. La vida y los tiempos de Fray Andrés de Urdaneta*. Prólogo del Lic. Alejandro Quijano. México, Galatea, 1943. XV-417 p. Il. Mapas. p. 334-349.

MEXICO EN FILIPINAS

Sin quitar a Legazpi nada de sus reconocidos méritos, los filipinos siempre han considerado a Urdaneta como fundador de su nacionalidad. Sin él y sin sus conocimientos marítimos, puestos como lo fueron en ejecución, los expedicionarios de Legazpi no habrían recibido ni los primeros subsidios que de México se les enviaron al regreso de Urdaneta y habrían aquellos perecido, como perecieron los anteriores navegantes al poniente.

El desarrollo de la civilización en Filipinas fue, desde luego, casi sin sangre: si alguna se derramó fue la de los moros, seculares opresores de las razas indígenas de aquellas islas.

Desde Cebú, donde Urdaneta dejó a Legazpi, éste último se dirigió a Panay. De ahí, yendo a la vanguardia el esforzado Martín de Goiti, emprendió la conquista de Manila contra el moro Solimán, quien finalmente se dio de paz en 1561 por el rendimiento de los rajas musulmanes. Manila se fundó el 24 de junio de 1571. Al año siguiente, enteramente pobre, moría allí mismo su fundador Miguel López de Legazpi.

Abierto el pliego de mortaja, sucedióle Guido de Lavezaris, quien se mostró guerrero verdaderamente insigne, cuando con menos de quinientos hombres rechazó al pirata chino Li-Ma-Hong, que atacó la isla de Luzón al frente de sesenta navas y seis mil hombres verdadero terror de aquellos mares.

El doctor Francisco de Sande, mexicano, fue el tercer gobernador de Filipinas. Por sus hábiles gestiones diplomáticas puso todo el gran reino de Borneo bajo el cetro de Castilla. En pos de él y de una manera tranquila, lo que pocas naciones pueden decir, hubo 68 gobernadores durante el gobierno español, hasta el último, que fue don Fermín Jaudeniz, a quien tocó el triste momento de rendir la plaza de Manila a los piratas norteamericanos el 14 de agosto de 1898.

Venían a tener esos gobernadores atribuciones muy comparables a las de los virreyes de Nueva España y si tenían menos prestantia y boato, tenían en cambio más dificultades en

el desempeño de su gobierno y hasta en la mera conservación de las islas a su mando.

No venían estas dificultades de los habitantes nativos de Filipinas, gente dócil y de buena índole, sino de los moros, raza artera, amargada y de mala sangre. Por añadidura, estos moros estaban bien armados hasta de artillería, fundida en Macao y transportada por embarcaciones chinas, contrabandistas o corsarios.

Las islas Filipinas siempre fueron muy ricas y al mismo tiempo muy débiles, para no ser codiciadas por piratas, que suelen ser valientes para con los débiles y cobardes ante los fuertes.

Había para entonces en aquellos mares piratas japoneses; uno de ellos era Yajiro, que aunque convertido pocos años antes por San Francisco Javier, recayó de nuevo en la piratería. Había piratas chinos, como el Li-Ma-Hong ya citado y Kue-Sin, quien hizo mucho mal en Manila. Hubo también una dama pirata, china nombrada Ching, con notables dotes de mando y habilidad, quien peleó victoriosamente contra la flota del gobierno imperial de China.

A fines del siglo xvi, el infame sir Francis Drake se presentó en 1579 en nuestras costas del Pacífico, se dirigió a las Molucas, donde robó sin freno ni medida. Al terminar su viaje regaló Drake a la Reina Isabel de Inglaterra y a sus cortesanos 800,000 escudos, que la reina "virgen" aceptó sin escrúpulos de conciencia.

Años más tarde, hacia 1590, vuelto de nuevo al Pacífico, se apoderó Drake del galeón de Manila y de su preciosa carga. Generalmente era alrededor de dos millones de pesos.

Como la piratería era premiada por los reyes de Inglaterra, de allí surgieron otros muchos piratas tales como Ricardo Hawkins, Los Kiligrew, los Mainwaring, etc., cuyos descendientes ciñeron coronas condales y ducales. Aquí viene el viejo refrán:

¿Quién es el santo varón
que afirma con juramento,
veinticinco abuelos cuento
y ninguno fue ladrón?

Los piratas holandeses, señaladamente Witter y Spielberg, fueron también grande azote para los galeones que iban y venían de las Filipinas y que eran como la sangre de sus venas.

No obstante, todos estos crímenes de las naciones protestantes contra la católica España, las Filipinas progresaron y llegaron a ser, como lo son, una patria rica y tranquila, repro-

ducción más que de la Vieja, de la Nueva España, como que de aquí se proveían preladados, magistrados, oficiales reales de menor cuantía, artistas y artesanos y también, triste es decirlo, vagabundos, tenorios, riconetes y cortadillos. A Filipinas fue, por inaguantable, el joven criollo mexicano Felipe de las Casas. Convertido definitivamente en Manila y santificado en un monasterio de allá, fue, como bien sabemos, crucificado y alanceado en el Japón, para gloria de Dios y de su patria, México.

El religiosísimo P. Urdaneta, tan deseoso de la civilización y bien espiritual de aquellas islas, no paró muchas mientes en los bienes temporales de comercio y de industria que aquellas conquistas produjeron para México y para Castilla.

Todas las islas del archipiélago sometidas a España, fértiles en especias, en tabaco, algodón, madera fina y mil otros productos naturales, fueron motivo muy principal de codicias europeas y hasta la actualidad siguen siendo aquellas islas fuentes inagotables y preciosísimas. Pero además las Filipinas y de una manera particular la ciudad de Manila, cobraron inmensa importancia como puerto intermedio entre los riquísimos reinos orientales de la gentilidad y el otro mundo que podemos llamar de la cristiandad.

La China y el Japón, bien pronto se percataron del nuevo emporio que con clave en Manila, se abría a sus industrias y comercio.

Por eso desde el último tercio del siglo XVI empezó ese tráfico que hoy nos parece casi legendario, entre Manila y Acapulco. Las carabelas de poco tonelaje, con sus temerarios patches y navichuelas menores, fueron substituidas por solemnes galeonazos muy artillados y abastecidos que dos veces al año surcaban las ondas del Pacífico, por tres meses en su viaje de ida y cinco en el de regreso.

La exportación de nuestros frutos naturales para aquellas islas no podía ser mucha, pues de casi todo tenían allí en abundancia. Carecían, empero, de plata, metal que desde el principio atrajo la codicia sobre todo de los mercaderes chinos, al grado de que si no era por plata, ya no querían trueque de otra clase.

Iba pues en esos galeones plata en grandes cantidades: plata zacatecana en barras, plata amonedada, que por tres siglos fue moneda válida en China, y plata también labrada, repujada cincelada y en filigranas, que de todo ello se producía abundante y lleno de arte, en nuestro México de entonces.

En otro sentido iba también plata: la que servía para pagar a los oficiales reales y tropa de aquella gobernación, que gozaba España y pagaba México. Según los cálculos del economista Tomás de Comyn, Filipinas llevaba recibidos de México hasta el año de 1810, cuatrocientos millones de pesos, los que con doble cantidad de plata de lo que ahora tienen y con un alcance en el mercado diez veces mayor, equivalen a 8.000 millones de pesos de los de nuestros días.

Otro tesoro mayor era el que llevaban los barcos a Filipinas. Nos referimos a las falanges de misioneros, agustinos, dominicos, franciscanos y jesuitas que estuvieron yendo a esas tierras, pasando por México y embarcándose en Acapulco. En los siglos XVII y XVIII estos misioneros fueron casi exclusivamente españoles, pero ellos mismos tenían sus hospederías y mucho bienes raíces para el sustento de sus misiones de allá. en esta Nueva España.

En su viaje de retorno los galeones traían desde luego especias de las que aquí no pudieron producirse; pero además y como principal cargamento, variadísimos objetos de la India Oriental, de la China y del Japón.

Al llegar a Acapulco, la carga se dividía en tres partes: la una iba por Puebla y sin pasar por la capital de México, para Veracruz y de ahí a Europa; la otra venía a la capital del virreinato, y la tercera, transbordaba a barcos piruleros para, desde Guyaquil, repartirse por los reinos del Perú, que entonces quería decir todo lo que es hoy Suramérica.

En las ciudades principales de México, fue enorme la cantidad de objetos de arte oriental que por esa vía nos estuvo viniendo: vino bronce fundido y labrado con perfección; vino seda en madeja y en preciosos tejidos y bordados; muebles de laca, unos rojos, otros negros, inimitables hasta la fecha; pero sobre todo, venía cerámica exótica, hecha con inspiración artística, reflejando en sus dibujos los ensueños de una raza soñadora como es la del Celeste Imperio y simbolizando con la firmeza de sus colores su inamovilidad psicológica en todas las líneas de la vida.

¿Qué ha pasado con todas esas joyas artísticas? El primer culpable de su desaparición es el tiempo, en pos del cual han de señalarse nuestros bochornosos despojos políticos contra la Iglesia y contra la nobleza; la emigración de hispanos y de sus tesoros, en 1828; la avidez artística de muchos diplomáticos y otras viscosidades características y domésticas de cada día; verbigracia, el hijo elegante y vicioso no cubre, ni con

mucho, su presupuesto mensual, entonces se le acerca el prestamista extranjero. A poco ya urge sin piedad. La mamá o la tía consentidora, previos suspiros y lágrimas, permiten al pródigo empeñar el soberbio tabor de sus antepasados, el mueblecito de laca y marfil o el joyante mantón de Manila. Esos objetos nunca más vuelven al hogar mexicano.

Remanente de aquellos felices tiempos es la balaustrada de la crujía de la Santa Iglesia Catedral Metropolitana. Se encargó a China el 10 de marzo de 1730. Está hecha de un metal llamado *tumbago*, mezcla de cobre, bronce y oro. Fue fundida en Macao, China, según modelo que se envió de México. La reja grande que cierra al coro por su frente, se dijo por algunos autores que fue fundida en China; pero el sabio canónigo don José Ordóñez, a quien me atengo, afirma que fue fundida en esta capital de México. Su precio entonces fue de 16,400 pesos.

Entre las colecciones de tibores figuró en primer lugar la de los marqueses de Salinas, donde había ejemplares "Número Uno" en gran cantidad. Un resto exiguo de aquel tesoro vimos hace treinta años, trasladado a Madrid, por un español que se casó con una hija de esa descendencia.

La casa de los señores Lizardi, en esta ciudad de México, poseía también notable cantidad de ricos objetos orientales y entre ellos un collar de perlas de fama y valor internacional.

Hablando en general y aún a pesar de las pérdidas mencionadas, casi no hay familia decente en México donde no quede todavía alguna pieza de aquellos recuerdos, habida de primera mano; que otras hay compradas a los empeñeros por ricos recientes, o nobles de nuevo cuño.

Era muy natural que estos objetos artísticos, por su cantidad y buena calidad impresionasen a nuestros artistas y dejasen una huella en la arquitectura y cerámica, no menos en la indumentaria y mueblería. Puebla de los Angeles, donde, como queda dicho, había un emporio oficialmente señalado para la venta de objetos de China, muestra en varios de sus edificios rasgos chinescos, graciosos y elegantes, bien combinados con otros elementos como son algunos residuos del mudéjar o de los varios estilos toltecoides del país.

A nuestra loza de Talavera, que originalmente fue de carácter toledano, en el siglo XVIII, consciente o inconscientemente dieron los alfareros del país rasgos y perfiles chinescos. La indumentaria de la China Poblana, dicese que fue la usada por una princesa mongólica que, bautizada entre nosotros, tomó

el nombre de Catalina de San Juan y se distinguió por su santa vida y ejercicio de virtudes cristianas. Tal afirmación no puede aceptarse en su plenitud; lo substancial de ese vestido es sólo copia del de la charra salmantina de España. Los colores vivos y las lentejuelas, esas sí parecen ser copia de lujos orientales.

No obstante el gran descubrimiento que acababa de entregar Urdaneta a la Corona, los primeros intentos de tráfico a Filipinas después de la conquista de éstas, se intentó hacer por el Cabo de Hornos, para evitar el transbordo de la mercancía de Veracruz hasta nuestras costas del Pacífico. Bien pronto se cayó en la cuenta de que tal trayectoria hacía prácticamente imposible la navegación al Poniente. Hubo de pensarse otra vez en Nueva España y en Acapulco, tal como Urdaneta lo había precisado dando las razones convenientes.

Desde entonces ese puerto natural, con su magnífica rada e imponente anfiteatro de granito que la circunda, fue por dos largos siglos uno de los puntos comerciales más interesantes y, al mismo tiempo, más poéticos del mundo.

Aquel tráfico en sus principios con poca competencia, poca reglamentación y pocos piratas, fue verdadero manantial de oro para los comerciantes que anduvieron listos. Uno de ellos, el célebre Sebastián Vizcaíno, escribía a su padre desde la ciudad de México, en 20 de junio de 1590: "Hace cuatro meses vine de China y desembarqué en Acapulco, a setenta leguas de México, que es el puerto donde anclan los barcos que van a China, y todos los comerciantes de México traen sus mercancías españolas a este puerto para enviarlas a aquel país... Aquí hay cuatro grandes buques de México de 600 a 800 toneladas cada uno, que sólo sirven para transportar nuestros géneros a China y regresar de nuevo. Sus dos primeros buques partirán a un tiempo para China y emplearán trece o catorce meses en el viaje de regreso, y cuando estos dos buques hayan regresado, entonces la otra pareja zarpará de aquí a los dos meses... Puedo asegurarle una cosa: que con 200 ducados en mercancías españolas y algunos géneros flamencos que llevé conmigo allí, hice 1,400 ducados en aquel país. Cuento que, con las sedas y otras mercancías que de allí he traído a México, saco 2,500 ducados del viaje."

A poco sobrevino lo que ya podía temerse: los piratas afilaron sus uñas en las propias gradas del trono inglés, con lo que, aparte de los males directos que ya hemos descrito anteriormente, ponían temores y rémoras a las ya de suyo difíciles

navigaciones. Esa línea en zig-zag, que según el mapa que hemos examinado del conde de la Monclova, indicaba la trayectoria que seguían los galeones y que tanta demora ocasionaba, obedece a los justificados temores de ser asaltados por los piratas.

El otro obstáculo a tan lucrativo comercio provino de la Corona, instigada por los mercaderes de la península. Desde que Nueva España y el Perú compraban tanto de Manila, disminuía la venta de artículos peninsulares. De ahí que los mercaderes españoles exigiesen las restricciones legales cada vez más estorbosas y más apremiantes.

Ello no obstante, lo que no se hacía según la ley se siguió haciendo por trampas y por sobornos. Era infantil ingenuidad la de los reales ministros españoles, la de suponer que tamaño torrente de ganancias había de poderse suspender por reales cédulas expedidas por unos caballeros antipodas y débiles, como eran ellos.

Lo que sí desde luego se cortó desde principios del siglo XVII fue nuestro comercio con el Perú, puesto que, impidiéndole España que nos trajese sus vinos y luego cancelando completamente los permisos para esa navegación, hizo imposible el tráfico comercial.

Las ganancias y el auge fueron, sin embargo, en aumento, y en proporción a ellos, los sueldos de los navegantes. Nada tan codiciado como la administración del puerto de Acapulco. Un piloto de Filipinas ganaba 20,000 pesos, un contra maestre 9,000 y así en proporción hasta 150 pesos, salario anual mínimo de los últimos grumetes.

Cuando a Acapulco llegaba la primera noticia del regreso del galeón comunicábase sin demora a la ciudad de México y acto continuo la campana mayor de nuestra Iglesia Catedral lo daba a conocer con lenguas de bronce a los habitantes de esta metrópoli. Los comerciantes, que ya para entonces tenían cantidad de mulas bien herradas y aparejadas, lanzábanse inmediatamente por el rumbo de San Agustín de las Cuevas, Cuernavaca e Iguala, hasta el famoso puerto, donde había de hacerse la feria, célebre entre todas nuestras ferias, en la que había movimiento de dinero metálico de más de dos millones de pesos.

Fue tan considerable este movimiento de valores y este aprovisionamiento nacional y tan triste el papel que en ello tocó a la antigua España (pues no hacía más que obstruccionar y cobrar impuestos) que se llegó a temer que tan rara situación

diera pie a la independencia política de México. Así lo escribía el arzobispo de Sevilla al rey, a principios del siglo XVII, mostrándole su temor de que incubase la independencia política a favor de la independencia económica, estimulada por ese comercio sin España, sobre España contra España.

Años más tarde, en 1621, se hizo la insinuación de que el comercio con la China fuese trasladado de Acapulco a Panamá y a mediados del siglo hasta se llegó a pensar en permutar con Portugal las Filipinas, a cambio del Brasil, con el objeto de quitarnos lo que pudiera ser causa de nuestra independencia.

Siendo innegables las ventajas industriales, comerciales, misionales, que acabamos de reseñar; todavía seguimos opinando (véase Cuevas, *Historia de la Nación Mexicana*) que para el desarrollo de la Nación mexicana fue nocivo ese descubrimiento y auge de Filipinas. Pues hacia allá se fueron muchos elementos colonizadores, retardándose por ende la colonización en el norte de nuestro propio país. Allá en Filipinas se fue también mucho personal criollo de gran valer, porque España peninsular nunca quiso ver a los hijos del país ni aun en la posibilidad remota de obtener cargos de mando. Esto, aparte de la gran cantidad de dinero que para los situados, o sea tutorazgo forzado de Filipinas, nos había impuesto el gobierno español.

Fray Andrés de Urdaneta no pudo prever ninguna de estas desventajas que sobrevinieron después de su gran empresa y no como consecuencia de ella, sino merced a bastardas pasiones humanas, difíciles de prever y más difíciles de evitar.

Urdaneta fue el fundador de la iglesia católica en Filipinas. Habían pisado aquellas playas, pero como aves de paso, otros ejemplares sacerdotes. Llevaron intención de establecerse los agustinos que habían ido con Villalobos. Nadie, empero, si no es Urdaneta, como Prior, y los que con él partieron de México, arraigaron de hecho y de derecho en las islas Filipinas.

Fray Andrés no pudo ver casi nada de su labor misional, a causa de su urgente regreso a México. Pero el árbol por él plantado fue tan grande y fructuoso como lo es hasta nuestros días la numerosa Provincia agustiniana de Filipinas.

El P. Diego de Herrera, inmediato sucesor de Urdaneta en

el Priorato, volvió a México a reclutar voluntarios para tan arduas misiones. Desde entonces, cada Provincial fue haciendo lo mismo, para, poco a poco, ir poblando los conventos que fundaron en el Archipiélago. Nueve conventos se fundaron durante el provincialato del P. Alburquerque; otros nueve en el período del P. Aguirre, ya estos últimos muy distantes de Manila. No quiso ser menos Fray Diego Alvarez y fundó otros nueve, y así fueron aumentando, de suerte que a principios del siglo XVII ya había treinta conventos formales, sin contar los curatos y vicarías dependientes de los conventos mayores.

En los más de los casos, la fundación de un convento equivalía a la fundación de un poblado y en este sentido, los agustinos tenían fundadas en Filipinas hasta el año de 1896, doscientas cuarenta y dos poblaciones con dos millones de habitantes en su conjunto. El número de religiosos es en la actualidad de cerca de cuatrocientos. Tuvieron muchos años de formación y cuartel general en el convento de la Vid, provincia de Burgos, España, donde tenían magnífica biblioteca con profesores y estudios en toda España muy bien acreditados.

La lista de agustinos ilustres procedentes de la Vid, sería interminable. Se cuentan en ella un arzobispo; diez obispos; dos generales de la Orden: PP. Rodríguez y Esteban; cinco asistentes; teólogos como los PP. del Val y P. Fernández; filósofos, como los PP. J. Alvarez, M. Gutiérrez y M. Arnáiz; historiadores, como los PP. Tirso, Uncilla, Navarro, Antolín y Gregorio de Santiago; naturalistas, como los PP. Naves, Faulín, Barreiro y Ambrosio F.; Físicos, como los PP. Teodoro y Rodríguez, Director de la Specola Vaticana; literatos, como los PP. Muñíos, Blanco y Restituto del Valle; músicos como los PP. Villalba y Aróstegui; publicistas como los PP. M. Miguélez, Graciano, Ibeas, Martínez Vélez y otros.

Sin desconocer los agustinos sus primarios deberes, que eran los de sacerdotes y misioneros, fueron en Filipinas, sobre todo en sus comienzos, los directores prácticos en todo género de empresas y misiones de paz, con las que se ahorró mucha sangre de conquistados y conquistadores.

En la actualidad la iglesia de Filipinas cuenta con una arquidiócesis, la de Manila, y nueve sedes sufragáneas, conviene a saber: Jaro, Nueva Cáceres; Nueva Segovia; Cebú; Lipa; Tugegarao; Zamboanga, más una prefectura apostólica en Palawan.

La fe de los filipinos es dulce, ferviente y también firme,

como que han resistido gallardamente, al paganismo, al cisma y a la herejía.

Hace pocos años la ciudad de Manila coronó sus cuatro siglos de cristiandad, con uno de los más espléndidos congresos eucarísticos internacionales.

El P. Fray Andrés de Urdaneta, monje y marino, habrá visto en este triunfo eucarístico la mejor perla de su corona.